



CONTEMPLACIÓN SUPREMA

I



sí como el antiguo Júpiter de Egina tiene tres ojos, el poeta tiene triple mirada, la observación, la imaginación y la intuición. La observación se aplica más especialmente á la humanidad, la imaginación á la naturaleza, la intuición al supernaturalismo.

Por la observación, el poeta es filósofo y quizás legislador; por la imaginación, es mago y creador; por la intuición, es sacerdote y quizás revelador.

Revelador de hechos, es profeta; revelador de ideas, es apóstol. En el primer caso Isaías, en el segundo san Pablo.

Este triple poder inherente al genio, es decir, á la inteligencia humana sublimada, el hombre, por la más natural de las ilusiones de óptica, lo ha transferido á Dios. De ahí el *trimurti*, que ha precedido al *triagme*, que ha precedido al triade, que ha precedido á la trinidad. De ahí el inmemorial y universal triángulo místico adorado en Delfos, en Sarepta, en Te-

glath-Phalazar, grabado en la gran siringe, esculpido hace cuatro mil años en el fondo de la India en esos espantosos interiores de montañas, excavaciones en forma de pagodas que se encuentran en Palanqué después de haberlos visto en Benarés. Pero los fundadores de religiones han errado, la analogía no siempre es la lógica, el genio puede ser trinidad sin que Dios tenga que sufrir esta limitación. Bossuet se equivoca, sólo el hombre es grande; Dios no es grande, es infinito. Lo grande supone una medida posible. Dios no tiene medida. Trinidad, ¿con qué motivo? Lo infinito no es tres. Primero, segundo, tercero; lo ilimitado no conoce eso. Lo absoluto no se halla limitado ni por el número ni por la extensión. Inteligencia, poder, amor; intuición, imaginación, observación; no son Dios, son el hombre. Dios es eso y lo demás. Dios tiene una cantidad infinita de facultades infinitas. Sería una rareza querer contar á Dios con los dedos.

Filosófica y científicamente, se puede decir que quien cree en la Trinidad no cree en Dios.

¿Qué idea piensan ustedes que se forje de Dios, qué noción quieren ustedes que pueda tener de Dios el hombre, el sacerdote que, como el jesuíta Sollier, por ejemplo, escribe: «No hay por encima de Ignacio de Loyola más que los papas como san Pedro, emperatrices como María, madre de Jesús, y algunos monarcas como Dios Padre y Dios Hijo?»

¡Cosa inaudita, dentro de uno mismo es donde se ha de mirar el exterior! El profundo espejo sombrío está en el fondo del hombre. Allí está el terrible claroscuro. La cosa reflejada por el alma es más vertiginosa que vista directamente. Es más que la imagen, es el simulacro, y en el simulacro hay algo del espectro. Ese reflejo complicado de la Sombra, es para la realidad un aumento. Inclínádonos sobre ese pozo,

nuestro espíritu, vemos á la distancia de un abismo, en un círculo estrecho, el mundo inmenso. Visto así, el mundo es sobrenatural al mismo tiempo que humano, verdadero al mismo tiempo que divino. Nuestra conciencia parece apostada en aquella obscuridad para dar la explicación.

A eso se le llama intuición.

Humanidad, Naturaleza, Supernaturalismo. Propiamente hablando, esos tres órdenes de hechos son tres aspectos distintos del mismo fenómeno. La humanidad de que formamos parte, la naturaleza que nos envuelve y rodea, el supernaturalismo que nos encierra hasta que nos dé libertad, son tres esferas concéntricas con una misma alma, Dios.

Esas tres esferas, pues ahí está la gran amalgama, se penetran y se confunden, y son la unidad. Un prodigio entra en el otro. Una de esas esferas no tiene ni un solo radio que no sea prolongación del radio de la otra esfera. Los distinguimos, porque nuestra comprensión, siendo sucesiva, necesita dividirse. No nos es posible todo á la vez. La inconmensurable síntesis cósmica nos es excesiva y nos agobia.

Los más altos ingenios, las inteligencias enciclopédicas, lo mismo que los espíritus épicos; Aristóteles, al igual que Homero; Bacon, tanto como Shakespeare, detallan el conjunto para hacerlo comprender, y recurren á las oposiciones, á los contrastes y á las antinomias. Este es también el procedimiento de la naturaleza, que emplea la noche para manifestar mejor la luz del día. Hobbes decía: «La dirección hace al cirujano, el análisis hace al filósofo; la antítesis es el gran órgano de la síntesis; la antítesis produce la luz.

De ahí que distingamos entre humanidad, naturaleza y supernaturalismo; pero en realidad son tres identidades, y lo que es de una es de las otras. ¿Qué

es la humanidad? Es la parte de la naturaleza incluída en nuestro organismo. Y ¿qué es el supernaturalismo? Es la parte de la naturaleza que escapa á nuestros órganos. El supernaturalismo es la naturaleza demasiado lejos.

Entre la observación que corresponde al hombre y la intuición que corresponde al supernaturalismo, hay la misma diferencia que entre escudriñar y sondar.

Pero explicar la naturaleza no es limitarla; clasificación y negación son dos cosas distintas. No debe haber ni demasiada Afirmación ni demasiada Negación. La idolatría es la fuerza centrípeta; el nihilismo es la fuerza centrífuga. El equilibrio entre esas dos fuerzas es la filosofía.

Cosa extraña, la idolatría y el nihilismo se acuerdan acerca de un punto, la limitación de la naturaleza.

Las religiones, en la época poco adelantada del género humano en que nos hallamos, están aún en la primera edad. No hay que desconocerlo, creer es una ciencia al mismo tiempo que una sed. Se cree por instinto, luego se cree por lógica. Las religiones formando parte de la civilización, existe para las religiones, como para las demás cosas, la infancia del arte. Y esta palabra se aplica aquí en su recto sentido. En el momento presente, las religiones ignoran. Han creado á Dios. No les llevéis ninguna nueva luz; su Dios está encerrado. No quieren otro. Toda religión es el abate Vertot. Es demasiado tarde. Mi Dios está hecho.

De ahí un resultado singular. En las religiones lo que falta es la esencia misma de la fe, es el sentimiento de lo infinito. Lo que hace falta á las religiones es la religión. Lo ilimitado es toda la religión. La fe es lo indefinido en lo infinito. Ahora bien, insistamos en ello, en la humanidad, tal cual es hoy, el carácter de las religiones es la ausencia de lo infinito.

Hablan las religiones del cielo, pero hacen de él un templo, un palacio, una ciudad.

Se llama Olimpo, se llama Sión. El cielo tiene torres, el cielo tiene cúpulas, el cielo tiene escaleras, el cielo tiene una puerta y un portero. El manojito de llaves es confiado por Brahma á Bhawany, por Alá á Abubekr, y por Jeovah á san Pedro. Demogorgón coge en los volcanes Acroceraunos un puñado de lodo inflamado y lo echa en el espacio; de ahí nacen los astros. El cielo es una montaña, el cielo es de cristal; la tierra es el centro del universo; Josué detiene en su curso al sol, Circe hace retroceder á la luna; la Vía láctea es una mancha de gotas de leche; las estrellas caerán.

En cuanto á ese ser, el Eterno, el Increado, el Perfecto, el Poderoso, el Inmanente, el Permanente, el Absoluto, es viejo con barba blanca, es joven con un nimbo; es padre, es hijo, es hombre, es animal; buey para unos, cordero para otros, paloma para éstos, elefante para aquéllos. Tiene boca, ojos, orejas; se ha visto su faz. Por lo que atañe á sus facultades, se le conceden infinitas; pero, como acabamos de recordarlo, sólo se le dan tres, recogiendo en la cifra la infinidad que se concede en la extensión, y sin observar que si el ser absoluto tiene un nombre, no es Trinidad, es Infinito. Ese ser es irritable, es apasionado, es celoso, se venga, se cansa y descansa, necesita su domingo; habita un lugar, está aquí y no allí. Es el Dios de los ejércitos; es el Dios de los Ingleses, y no de los Franceses; es el Dios de los Franceses y no de los Austriacos. Tiene una madre. Hay reyes que prometen á Nuestra Señora de Embrun una tiara de plata dorada por temor de que se enfade del vestido de brocado de oro que ofrecieron á Nuestra Señora de Tours. Tiene una forma; le esculpen, le pintan, le doran, le adornan con diamantes. Lo tra-

gan y lo beben. Le rodean de una frontera de dogmas. Cada culto le coloca en un libro; se le prohíbe estar en otra parte. El Talmud es su vaina, el Zend-Avesta es su estuche, el Korán es su forro, la Biblia es su caja. Tiene cierres y broches. Los sacerdotes lo guardan bajo sobre. Estos son los únicos que tienen derecho de tocarlo. De vez en cuando, lo cogen en sus manos y lo dejan ver.

He ahí donde se halla lo ilimitado. Todas las religiones antiguas ó actuales, se esfuerzan por concluir á Dios, por completarlo, por acabarlo.

¿Por qué?

Porque un Dios acabado es un Dios cómodo. El que irradia en todos sentidos no es fácil de manejar. Procurad poner el sol en una custodia.

Dios, incomprendible ó sabio, es ininteligible para el ignorante. El infinito con un yo no es cosa fácil de comprender. Hay en esa noción metafísica exceso de peso para la inteligencia humana. Facilitar la fe, es el trabajo de las religiones, y se consigue á costa de lo ideal.

Administrar á Dios, tal es el problema que queda por resolver. El paganismo divide á Dios en deidades, el cristianismo le divide en sacramentos. Las religiones son Dios dado al hombre á bocados.

Haced comprender el Alma-Universo, abstracción prodigiosa á la gran muchedumbre ignorante, é ignorante útilmente para vosotros. Un Júpiter de mármol ó un Sabaoth de bronce, son cosas que se ven. Ahora bien, sólo se cree en lo que se ve. (Falsa verdad que es á la vez punto de partida de la idolatría y punto de partida del ateísmo.) Construid una estatua cualquiera; una vez la estatua hecha ídolo, una vez que el pedestal es altar, dad el ejemplo, prosternaos. Únicamente os queda un trabajo que ejecutar y un progreso que realizar, y es persuadir á esa

honrada masa de hombres que aquella piedra ó aquel cobre son el Eterno y el Infinito. Poca cosa. Para persuadir á la muchedumbre, basta con asustarla; un milagro ó dos son suficientes.

Nada, pues, fuera del Veda, nada fuera del Toldos-Ieschut, nada fuera del Korán, nada fuera del Génesis, nada fuera de los doctores, nada fuera de los profetas, nada fuera de los evangelistas, y, si Dios desborda, se le cortará un pedazo.

En nombre de Moisés anatematizaba Belarmino á Galileo, y ese gran vulgarizador del gran investigador Copérnico, Galileo, el anciano de la verdad, el mago del cielo, estaba reducido á repetir de rodillas, palabra por palabra, después del inquisidor, esta fórmula de vergüenza: «*Corde sincero et fide non ficta, abjuro, maledico et detestor supradictos errores et hereses.*» La mentira ponía á la ciencia orejas de asno.

Galileo se inclinó ante la ortodoxia; Campanella no. La inquisición encarceló á Campanella veintisiete años y le aplicó el tormento siete veces, y cada vez el suplicio duró veinticuatro horas. ¿Cuál era su crimen? Haber afirmado que el número de estrellas es infinito. De modo que las religiones llegan á esto y es que, ante ellas, el infinito es un crimen.

Para el nihilismo, lo infinito no es criminal; es ridículo. Se ha oído recientemente en plena Academia de sabios, esta frase característica: «Detengámonos, pues caeríamos en las puerilidades del infinito.» Y esta otra: «Eso no es serio, son cosas de religión.»

Por consiguiente, he ahí la ciencia, á lo menos cierta ciencia académica y oficial, tan miope como la idolatría. La ciencia del Estado contesta á la religión del Estado. Retrocede, también, ante lo infinito. Esos empequeñecimientos no desagradan al amo. En donde hay senados, existe esa ciencia. Hacer el universo

substancia y *bloque*, hacer del gran Todo una simple agregación de moléculas sin mezcla de ningún ingrediente moral, y por consiguiente llega á esto, que la fuerza es el derecho, lo que conduce á esta otra consecuencia, que el goce es el deber, reducir el hombre al tamaño de la bestia, disminuirlo de toda la altura del alma que se le ha quitado, hacer de él una cosa como otra cualquiera, eso suprime de golpe muchas declamaciones acerca de la dignidad humana, de la libertad humana, de la inviolabilidad humana, del espíritu humano, etc., y convierte todo ese montón de materia en cosa poco manejable. La autoridad de abajo, la falsa, gana todo cuanto pierde la autoridad de arriba, la verdadera. Sin infinito, no hay ideal; sin ideal, no hay progreso; sin progreso, no hay movimiento. Inmovilidad, pues. *Statu quo*, estancamiento; ese es el orden.

Hay putrefacción en ese orden.

El hombre quiere ser agua corriente. Cosa maravillosa, la libertad, es la salud. Un arroyuelo, un murmullo, una pendiente, un recorrido, un objetivo, una voluntad, no hay vida sin eso. De lo contrario, una pronta podredumbre. Seréis fétidos y transmitiréis vuestra peste á los demás. El despotismo es miasmático. Ser libre equivale á desinfectarse. Ir hacia adelante es un saneamiento. Pero hay gentes que llevan el gusto de la tranquilidad hasta admirar una civilización con superficie de pantano.

El alma en el hombre es una inquietud.

Lo infinito fuera del hombre es un llamamiento.

Lo infinito se abre, el alma entra. Entrar es andar, entrar es volar, entrar es cernerse. ¿Qué es todo eso? Es desorden. Preguntad á la jaula lo que piensa del ala. La jaula contestará: el ala es la rebelión.

Quitar el alma es cortar el ala. Quitar lo infinito es suprimir el campo. La tranquilidad se restablece.

Si no hay en el hombre algo más que en la bestia, pronunciad sin reír estas palabras: Derechos del hombre y del ciudadano. Estas palabras: Derecho del buey, derecho del asno, derecho de la ostra, producirán el mismo sonido.

Algo de eso ansiaban los déspotas.

La ciencia académica, la ciencia de Estado, les otorga ese servicio, y pensamos que se lo otorga de buena fe. Ella no engaña, pero se engaña. Es cortedad de vista, no de corazón. Por eso procuramos ilustrarla.

Esa ciencia toma la pequeñez por exactitud. Es de temperamento tímido, se asusta fácilmente, no va de buen grado en busca de descubrimientos. Lo infinito, ¡vaya un viaje que emprender! Así que el 8 se vuelca, se detiene en el acto. Pase en cuanto al álgebra, pero toda la ciencia entera no es el álgebra. Las cuestiones quieren ser profundizadas. ¿Por qué negar el examen?

Un día, en 1827, en la época en que se hablaba mucho del «hombre fósil del bosque de Fontainebleau», hallándome en casa de Cuvier en el Jardín de plantas, hubo entre él y yo este diálogo:

—Señor Cuvier, ¿qué piensa usted del hombre fósil?

—Que no existe.

—¿Ha ido usted á verlo?

—No.

—¿Irá usted?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no existe.

—Pero, ¿y si por casualidad existiese?

—No puede existir.

Lo que llamaban en 1827 «hombre fósil», no era, en efecto, más que una arena extrañamente contor-

nada en forma humana. Cuvier parecía tener razón, y no la tenía. El hombre fósil existe. Treinta y seis años después de mi conversación con Cuvier, en 1863, en la cantera de *Moulin-Quignon*, cerca de Abbeville, á treinta metros sobre el nivel del mar, en una meseta que domina el valle del Somme, con el grueso de un banco de arena negra arcillosa del *diluvium* inferior, descansando inmediatamente sobre el yeso blanco, á cuatro metros treinta y dos centímetros de la superficie del suelo, muy cerca del yeso, se extrajo un hueso fósil de mandíbula humana con un diente oblicuamente colocado de delante hacia atrás, lo que caracteriza el prognatismo de las razas inferiores, y lo que procura al Génesis el disgusto de confirmar la hipótesis de varios Adanes. El hombre fósil ha salido hoy de la sombra, aunque se lo hubiese prohibido la autoridad competente. El diluvio ha tenido el capricho de ser desagradable al señor Cuvier, consejero de Estado. Compadezco á los que afirman contra lo desconocido. Les ocurren siempre aventuras.

Es la ciencia académica y oficial la que, para concluir más pronto, para rechazar en conjunto toda la parte de la naturaleza que no cae bajo el imperio de nuestros sentidos y que, por consiguiente, desconcierta la observación, ha inventado la palabra *supernaturalismo*.

Esa palabra la adoptamos nosotros.

Es útil para distinguir. La hemos usado ya y la usaremos todavía; pero, hablando con propiedad y en rigor de la lengua, digámoslo una vez por todas, es una palabra hueca.

No hay *supernaturalismo*. Sólo hay naturaleza.

Únicamente existe naturaleza y lo contiene todo. Todo Es. Hay la parte de la naturaleza que percibimos y hay la parte de la naturaleza que no percibi-

mos. Pan tiene un lado visible y otro invisible. Por más que sobre ese lado invisible echéis desdeñosamente la palabra *supernaturalismo*, ¿dejará acaso de existir? X sigue siendo X. Lo desconocido queda á prueba de vuestro vocabulario y á pesar de él. Negar no es destruir. El *supernaturalismo* es inmanente. Lo que percibimos de la naturaleza es infinitesimal. El prodigioso ser múltiple se oculta casi en seguida á la corta mirada terrestre; pero, ¿por qué no perseguirlo un poco?

Todas estas cosas, espiritismo, sonambulismo, catalepsia, convulsionarios, segunda vista, mesas giratorias ó *parlantes*, llamadores invisibles, enterrados de la India, comedores de fuego, encantadores de serpientes, etc., etc., que tanto se prestan á la broma, merecen la pena de ser examinadas desde el punto de vista de la realidad. Hay, quizás, ahí cierta cantidad de fenómenos entrevistados.

Si abandonáis esos hechos, tened cuidado, los charlatanes vivirán en ellos y los imbéciles también. No hay término medio: la ciencia ó la ignorancia. Si la ciencia rechaza esos hechos, la ignorancia los acogerá. No habéis querido engrandecer el espíritu humano y habréis aumentado la tontería humana. Donde Laplace se recusa, aparece Cagliostro.

¿Con qué derecho, además, podéis decir á un hecho: vete? ¿Con qué derecho despedís á un fenómeno? ¿Con qué derecho decís á lo inesperado: no te examinaré? ¿Con qué derecho borraríais uno de los datos del problema? ¿Con qué derecho despediríais á la naturaleza? *Huc usque recurret*. La ciencia puede cometer iniquidades. Cerrar los ojos es una mala acción. El telescopio tiene una función; el microscopio tiene deberes. El alambique debe ser íntegro, el crisol calienta para todo el mundo. Es preciso que la